

NOTAS SOBRE LA ÉTICA Y LA LITERATURA

Luis Alfredo Álvarez
(UPEL-IPC)

luisalvarez35@hotmail.com

Resumen

La literatura pervive por el reconocimiento y la ilusoria posibilidad reflexiva de su discurso. En ese sentido, la literatura puede plantearse como el espacio del “espejeo” donde los sujetos reflejan y reflexionan su experiencia individual y colectiva. La novela, como género literario, puede ser entendida como la representación de la *ἐποχή* moderna que permite la proyección ética del sujeto y la escenificación de los múltiples mecanismos de las decisiones vitales en los diferentes contextos sociales. La actividad estética de la novela podría llamarse ética en la medida en que se convierte en lo que Adela Cortina entiende como “aquella forma de reflexión sobre la reflexión y el lenguaje de la moralidad”. El objetivo de estas notas es mostrar, a partir de la teoría de Bajtin, como la literatura permite reflexionar sobre la experiencia valorativa del hombre.

Palabras clave: literatura, ética, estética, dialogía, valores.

NOTES ON ETHICS AND LITERATURE

Abstract

Literature prevails thanks to acknowledgement and to the reflective illusory possibility of its discourse. In this sense, literature can be stated as that space in the mirror where subjects reflect, and reflect upon, their individual and collective experience. The novel as a literary genre can be understood as the representation of modern *ἐποχή* that allows the ethical projection of the subject and the staging of multiple mechanisms for vital decisions in different social contexts. The aesthetic activity of the novel could be called ethics as

Recepción: 23-03-09 **Evaluación:** 12-01-10 **Recepción de la versión definitiva:** 18-01-10

far as it becomes what Adela Cortina understands as “that form of reflection upon reflection and the language of morality”. The aim of these notes is to show, on the basis of Bajtin, how literature allows one to reflect upon the valuative experience of man.

Key words: literature, ethics, aesthetics, dialogue and values.

NOTES SUR L'ÉTHIQUE ET LA LITTÉRATURE

Résumé

La littérature survit pour la reconnaissance et l'illusoire possibilité réflexive de son discours. Dans ce sens, la littérature peut se poser comme l'espace du « miroir » où les sujets reflètent et réfléchissent leur expérience individuelle et collective. Le roman, en tant que genre littéraire, peut être vu comme une représentation de la *έποχή* moderne permettant la projection éthique du sujet et du scénario des multiples mécanismes des décisions vitales dans les différents contextes sociaux. L'activité esthétique du roman pourrait être appelée éthique dans la mesure où on la transforme en ce qu'Adela Cortina comprend comme « la forme de réflexion sur la réflexion et le langage de la moralité ». L'objectif de ces notes est de montrer, à partir de la théorie de Bakhtine, comment la littérature permet de réfléchir sur l'expérience valorisante de l'homme.

Mots clés: littérature, éthique, esthétique, dialogique, valeurs.

NOTE SULL'ETICA E SULLA LETTERATURA

Riassunto

La letteratura sopravvive grazie al riconoscimento e all'illusoria possibilità riflessiva del proprio discorso. In questo senso, la letteratura può prospettarsi come uno spazio dove i soggetti si identificano e riflettono sulla loro esperienza tanto individuale come collettiva. Ad esempio, il romanzo, come genere letterario può essere interpretato come rappresentanza della *έποχή* moderna che permette la proiezione etica del soggetto e come sceneggiatura dei tanti meccanismi che producono decisioni vitali nei diversi contesti sociali. L'attività estetica del romanzo potrebbe chiamarsi etica, man mano che

diventa quello che Adela Cortina descrive come forma di cogitazione sulla cogitazione e sul linguaggio della moralità. Lo scopo di queste note è di mostrare, secondo la teoria di Bajtin, come la letteratura permette di riflettere sull'esperienza valutativa dell'uomo.

Parole chiavi: letteratura, ética, estética, discorso, valori.

NOTAS SOBRE ÉTICA E LITERATURA

Resumo

A literatura sobrevive a través do reconhecimento da ilusória possibilidade reflexiva do seu discurso. Nesse sentido, a literatura pode apresentar-se como o espaço do “espelhamento”, onde os sujeitos refletem (sobre) a sua experiência individual e colectiva. O romance, como género literário, pode ser entendido como a representação da *ἐποχή* moderna que permite a projecção ética do sujeito e a encenação dos múltiplos mecanismos das decisões vitais nos diferentes contextos sociais. A actividade estética do romance poderia chamar-se ética na medida em que se converte no que Adela Cortina entende como “aquela forma de reflexão sobre a reflexão e sobre a linguagem da moralidade”. O objectivo destas notas é o de mostrar, a partir da teoria de Bajtin, como a literatura permite reflectir sobre a experiência valorativa do homem.

Palavras-chave: literatura, ética, estética, dialogia e valores.

1. Notas sobre ética y literatura

Aludimos a una anécdota personal: hace más de dos décadas, cuando éramos estudiante del primer año de la carrera de Letras, un profesor daba comienzo a su materia preguntado ¿Qué es la literatura? Para inmediatamente definirla categóricamente de esta manera: “la literatura es una expresión significativa de la realidad humana”. El catedrático, con sus fichas amarillentas y una gestualidad barroca, nos compelió a memorizar el concepto como una razón condicionante para la suficiencia de su materia. Recordamos, además, que acentuaba con su voz de barítono el adjetivo “significativa”. Nuestra párvula naturaleza se sometía, no sin entusiasmo, a aceptar como un dogma la importancia que encerraba dicha sentencia. Sin embargo, en la medida en que fuimos adentrándonos en los vericuetos teóricos del pregrado, el sagrado concepto introductorio se fue secularizando para dar paso a una paulatina degradación que incluía no sólo la sentencia sino a quién la pronunciaba. Las razones de la deflación de aquel dictamen hay que buscarlas, principalmente, en el asesinato como una de las bellas artes de la idea romántica de literatura por parte de los campos intelectuales y académicos, y -en especial- las escuelas de filología y letras, que bajo una teórica agresiva sitúan la literatura como un juego estético poco confiable para considerarlo como un objeto de conocimiento. La única verdad de la literatura es precisamente no tenerla y es desde esta premisa que la teoría literaria, desde el formalismo ruso hasta las concepciones post-estructuralistas, han querido estudiarla. Al respecto, Alvin Kernan en su libro *la muerte de la literatura*, señala:

los valores literarios tradicionales del romanticismo y el modernismo han sido completamente trastocados. Al autor, cuya imaginación creadora se tenía como fuente de la literatura, se le declara muerto o un simple ensamblador de diversos retazos de lenguaje y de cultura que se constituyen en escritos, los cuales ya no son obras de arte sino simplemente collages culturales o “textos”. A la gran tradición histórica que va desde Homero hasta el presente se le ha descompuesto de diversas maneras. Ahora se sostiene que la influencia de los poetas anteriores en sus sucesores no es benéfica sino más bien una fuente de angustia y debilidad. Se analiza y desintegra el canon literario, en tanto que la propia historia literaria queda descartada como ilusión diacrónica, y se le reemplaza con un paradigma sincrónico. Las piezas

de Shakespeare o las novelas de Flaubert, otrora obras maestras de la literatura, carecen ahora de sentido o, lo que es lo mismo, están plagadas de una infinidad de sentidos, y su lenguaje es indeterminado, contradictorio, sin fundamento; sus estructuras organizativas, su gramática, su lógica y su retórica son puro malabarismo. (Kernan, 1996: 9-10).

¿Ante la descripción de este panorama es posible establecer, entonces, una correspondencia entre la ética y la literatura cuando ésta se esconde, dentro de los campos intelectuales, en nomenclaturas que terminan por alejar su relación con la experiencia real? ¿Es viable considerar la literatura como un instrumento capaz de ofrecer una axiología cuando la misma literatura es vista como un objeto extraño e impertinente con respecto a los valores sociales? ¿No será más bien que la literatura ha sido secuestrada por una élite pseudos-académica con el fin de desvirtuar el valor de la misma como expresión inapelable de lo humano, demasiado humano? En fin, ¿será que la literatura, al contrario de lo arguyen ciertas teorías, no puede cultivarse “sin una radical revisión del concepto de humanidad”? (Lamarque, 2005: 642).

Responder a estas preguntas nos compromete a asumir, inevitablemente, una posición que ya estaba implícita en la formulación de las mismas en el marco de estas notas. Se nos acusará de románticos, pero la literatura, sobre todo la moderna, siempre ha sido la manifestación de la problemática representación del sujeto con respecto a su mundo. Representación que se reviste de una intención estética y que, a su vez, nos ofrece un conocimiento. No un conocimiento reducido al ámbito positivo que tiene como objetivo aseverar las referencias proposicionales sin tomar en cuenta el contexto y, sobre todo, la esencia comunicativa de la literatura. Nos referimos, principalmente, a un conocimiento que objetive estéticamente la heterogeneidad de la existencia humana y la riqueza de sus discursos. Un conocimiento que se haga sabiduría tal como lo entiende el filósofo mexicano Luis Villoro cuando nos apunta que la sabiduría

no desdena la confusa variedad de lo individual. No pretende analizarla en ideas claras y distintas; intenta, antes bien, desentrañar su “centro”, su “núcleo”, la “clave” que permita comprenderla; quisiera apartar las notas variables y transitorias de su objeto para captar la unidad permanente. Su lenguaje no pue-

de pretender precisión. Conserva la oscuridad y la riqueza de una multiplicidad de significados (...). La sabiduría procede por repeticiones verbales, metáforas, asedios lingüísticos, imágenes sucesivas. Porque las presentaciones del sentido “profundo” del mundo y de la vida pueden ser infinitas. Ideal de la sabiduría no es la explicación por reducción a ideas simples, sino la comprensión personal de la plenitud innombrable de cada cosa. (Villoro en Prada Oropeza, 1999: 156).

Un conocimiento que ratifica la experiencia personal y autónoma de acceder al saber, sin estar sometido a determinados campos epistémicos o ceñido al dominio de una ideología. La literatura, entonces, proporciona un conocimiento en el que se escenifica la libertad volitiva del hombre. El mismo acto de recepción de un texto literario, así lo demuestra la elección de un texto, ya es un acto que redundo en la necesidad de un saber. Muchas veces esa exigencia no está llevada de la mano por un interés epistémico, sino por el simple hecho de encontrar la mimesis de esas mismas necesidades. El conocimiento en y de la literatura no se esconde en los recintos académicos, por el contrario, pasea abiertamente en cada lector, ingenuo o especializado, que desea mimetizarse en sus representaciones. Si nos preguntamos, ¿qué buscamos cuando posamos nuestras miradas sobre una novela o un texto que la teoría ha denominado ficción, para distanciarlo y salvaguardarlo de frases como “cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia”? Obviamente podemos encontrar infinidad de respuestas, pero no podemos negar que, por mucha ficción, la literatura pervive por el reconocimiento y su ilusoria posibilidad proyectiva de su discurso. La literatura, de esta forma, puede plantearse como el espacio del espejeo donde los sujetos reflejan y reflexionan su experiencia individual y colectiva. Por otro lado, la literatura como objeto de consumo se convierte en un acto privado. De hecho, la lectura moderna está relacionada con actividades íntimas: la soledad del sujeto y el libro. Si a esto se le agrega la posibilidad proyectiva de una ética en lo literario, entonces la lectura podría modelar, sobre la base de referentes sociales, la valoración de las decisiones en determinados contextos e idear instrumentos que posibiliten el auto conocimiento. En ese sentido, es factible encontrar en la representación literaria esa *ἐποχή* (epojé) que permita la proyección ética del sujeto y le escenifique los múltiples caminos en la infinidad de decisiones vitales. Si es así, la actividad literaria, en su amplio sentido, podría llamarse ética e instrumentarse como el lugar donde se escenifican aquello que Ade-

la Cortina entiende como “aquella forma de reflexión sobre la reflexión y el lenguaje de la moralidad”. (Cortina, 1990: 29).

No obstante, hay que entender que no todas las manifestaciones literarias son el resultado de una puesta en escena de problemas de esta índole y, la mayoría de las veces, la literatura no se descubre como una representación de lo ético, si no de lo estético. Sin embargo, es posible pensar que detrás de la máscara estética se encuentre toda una reflexión sobre los “actos de vida”. Un ejemplo de ello se encuentra en la vasta producción literaria del siglo XIX, donde los personajes literarios son la mimesis de la reflexión axiológica constante sobre la realidad histórica, las ideologías, la vida privada y la sociedad. Verbigracia: las obras de Flaubert, Dostoievski, Tolstoi, entre otros. Además, ¿es posible, y aquí el núcleo del problema, conjugar lo estético con lo ético, y viceversa, y convertir la literatura en un objeto de conocimiento? Responder a esta milenaria pregunta debería ser el objetivo de los estudios literarios y este trabajo tratará, en lo posible, de dar alguna aproximación al problema. Quizás, entre las posibles respuestas estaría la intuición, por de más vinculante, de que la literatura es miméticamente un conocimiento con el anejo de ser, para algunos, además de necesario, bello.

Consideramos que las reflexiones hecha por Mijail Bajtín (1895-1975) son pertinentes para hacer algunas consideraciones con respecto a los problemas planteados. Sobre todo, el pensador ruso construye toda una teoría que conjuga la estética de la creación verbal con el acto ético, tomando como paradigma el género de la novela. Para Bajtín, es precisamente la novelística, considerada por ciertas tendencias como lo ficticio por antonomasia, que mejor encarna al binomio ético- estético en el campo literario.

Bajtín empieza haciéndose una pregunta epistemológica ¿nos podemos conocer por sí mismo total y objetivamente desde los límites de nuestra natural materialidad? Para luego dilucidar, en primer lugar, que es imposible físicamente tener una percepción total de nuestro cuerpo y, menos de nuestra mente, cuando estamos circunscritos a un espacio- tiempo que impide una mirada totalizante de sí mismo; y, en segundo lugar, la subjetividad es por esencia un impedimento para lograr la unidad objetiva de conocimiento. Desafortunadamente el sujeto no tiene el “excedente de visión” para concluirse epistemológicamente. El sujeto sólo se puede conocer a través de otro, el cual está privilegiado en el espacio y en el tiempo para obtener una mirada total de su objeto. De ahí, la importancia de asumir la visión del otro para poder llegar al autoconocimiento:

Este excedente de mi visión que siempre existe con respecto a cualquier otra persona, este sobrante de conocimiento, de posesión, está determinado por la unicidad y la insostituibilidad de mi lugar en el mundo: porque en ese lugar, en este tiempo, en estas circunstancias yo soy el único que me coloco allí; todo los demás están fuera de mí. Esta extraposición concreta de mi persona frente a todos los hombres sin excepción, que son los otros para mí, y el excedente de mi visión (determinado por la extraposición) con respecto a cualquier otro(...) se superan mediante el conocimiento, el cual construye un mundo único y universalmente válido, absolutamente independiente de aquella situación única y concreta que ocupa uno y el otro, en tanto que es ideada, es una relación relativa y reversible, puesto que el sujeto cognoscente como tal no ocupa no ocupa un lugar determinado y concreto del ser. (Bajtín, 1982: 28-29).

En este sentido, sólo la estética, como actividad objetiva, puede extrapolar las vivencias del sujeto, sometidas al devenir de la existencia y al lugar donde se realiza, para convertirla en conocimiento. Ahora bien, es importante subrayar la diferencias entre lo que implica la estética como actividad y la vivencia. Para Bajtín es imposible conocer estéticamente en concordancia con el acontecer. Conocer estéticamente supone dos elementos: la despersonalización y el distanciamiento con respecto al objeto. Además, implica un detenerse. Es decir, no es lo mismo vivir conociendo que conocer viviendo. Son dos actos que rompen la unidad del ser. Al respecto, Bajtín afirma en su ensayo titulado *Hacia una filosofía del acto ético* lo siguiente:

dos mundos se oponen el uno al otro, mundos incomunicados entre sí y mutuamente impenetrables: el mundo de la cultura y el mundo de la vida. Este último es el único mundo en el que creamos, conocemos, contemplamos, hemos vivido, morimos, El primero es el acto de nuestra actividad se vuelve objetivo; el segundo es el mundo en el que este acto realmente transcurre y se cumple por última vez. El acto de nuestra acción, de nuestra vivencia, como Jano bifronte, mira hacia lados opuestos: hacia la unidad objetiva del área cultural y hacia la unidad irrepetible de la vida transcurrida, sin que exista un plano único y unitario en el cual sus dos caras se determinen recíprocamente en su relación con una y única unidad (...). (Bajtín, 1997: 8).

Volvemos a redundar en la pregunta: ¿es posible establecer un conocimiento del ser en acontecimiento? Y la respuesta estaría condicionada por el “siempre y cuando” haya una proyección en el campo de la estética de la creación que permita observar objetivamente la vivencia. Para ello la vivencia debe tener cierta materialidad. Una materialidad sólo posible si se comprende al mundo desde una perspectiva donde los discursos y la comunicación lo es todo. El discurso es entendido como una signatura que permite el rasgo diferenciador de los individuos en interacción con los contextos. Para Bajtín el discurso es la única forma registrar al ser en su condición ontológica y en su participación dentro de la historia. Con el nombre de enunciado se determina la particularidad discursiva de un individuo, que podríamos llamar hablante, el cual entra en contacto con su comunidad lingüística a través de los diferentes tipos de discurso estructurados que se han legitimado por el uso, denominados por el pensador ruso con el nombre de “géneros discursivos”. El sujeto con sus enunciados dialoga, reacciona y juega constantemente con los géneros discursivos que a lo largo de la historia han formado parte de los diferentes protocolos comunicativos y del inconsciente de cada hablante. Enunciar no sería sólo una forma de comunicación, sino una inapelable puesta en escena de nuestro estado ontológico y de nuestra situación axiológica en el mundo. Es la forma de darnos a conocer y activar la interacción epistemológica con el otro. El sujeto es lo que dice y es el otro quien lo representa. La interacción constante de gestos, de poses, sonidos, actitudes, estereotipos, de enunciados, es lo que permite la valoración del pensamiento del otro y de uno mismo. Una actividad que se mimetiza en la literatura, no como simple juego de artificios formales, sino como una estética que permite la objetivación de esos discursos que nos identifican en el papel comunicativo real y que son inaprehensibles en el acontecer. El papel de la literatura, y más específicamente en el género de la novela, es proyectar esa actividad dialógica que se da en la existencia. Ahora bien, ¿cómo se da ese proceso? Podemos explicarlo en dos facetas:

1. Una dialogía de la creación en dónde el sujeto- autor aprehende los discursos.
2. Una dialogía de la recepción donde el sujeto-lector reconoce axiológicamente los discursos.

La dialogía del autor

Para Bajtín, la literatura -y en especial la novela- es una “forma de conocimiento” (Holquist, 2004) donde el autor construye la obra como si estuviera reproduciendo los intercambios de enunciados que se da en proceso en la realidad. Como lo afirma el pensador ruso:

El artista es precisamente alguien que sabe ser activo fuera de la existencia cotidiana, es alguien que no sólo participa en la vida (práctica, social, política, moral, religiosa) y que la comprende desde sus interior, sino alguien que también la ama desde el exterior, allí donde ella no existe para sí misma, donde ella está orientada hacia su exterior y necesita un enfoque activo desde la extraposición y más allá del sentido (...). El acto estético origina el ser en un nuevo plano valorativo del mundo, aparece un nuevo hombre y un nuevo contexto valorativo: el plano del pensamiento acerca del mundo de los hombres. (Bajtín, 1982: 167).

Para ello necesita de las siguientes condiciones:

1. Un proceso de objetivación del mundo que permita al autor recoger los enunciados y discursos que posteriormente va a utilizar en la construcción estética de los personajes. El autor, por tanto, debe tener la suficiente capacidad de distanciamiento que le impida, hasta cierto punto, identificarse con los enunciados. Por otro lado, el autor debe tener un dominio de lo que Bajtín denomina los géneros discursivos, tanto primarios como secundarios. Es decir, el escritor debe estar al tanto de los protocolos lingüísticos, según las respectivas situaciones, y de los géneros literarios con los cuales quiere enmarcar su obra.
2. Si cada enunciado y género discursivo representa la individualidad del ser en su respectiva valoración del mundo y, sobre todo, en su frontera ideológica, entonces el escritor debe tener la facultad de apropiarse dichos ideogramas (Voloshinov, 1999) que le permita la elaboración de sus personajes.
3. El autor debe tener la capacidad de proyectar la autonomía de sus personajes gracias a una configuración discursiva que le de identidad y, en lo posible, independencia valorativa. Es posible que un autor coloque en boca de sus personajes su particular visión del mundo, pero debe

crear la ilusión de que el personaje es autónomo con respecto a su creador.

4. Para ello es importante la configuración de un cronotopo (tiempo-espacio) que le de coherencia al personaje dentro de una estructura narrativa y que mimetice la actividad epistemológica acentuada en el proceso dialógico. El cronotopo es entendido como una forma eminentemente narrativa que permite proporcionarle transitividad al personaje. Michael Holquist, quizás la mayor autoridad sobre Bajtín en la academia anglosajona, habla del cronotopo como una categoría narrativa transhistórica, pero en constante diálogo los discursos históricos: “the total matrix that is comprised by both the story and the plot of any particular narrative” (Holquist, 2004: 113). La novela sería ese lugar ideal donde los enunciados y discursos, con sus respectivos horizontes y fronteras ideológicas, se accionan y reaccionan para potenciar el juego de la dialogía. La novela sería un cronotopo *a priori* para la participación valorativa.

Dialogismo del lector

Hay dos tipos de lectores que tienen la misma importancia para el quehacer de la literatura y su funcionamiento como actividad valorativa. Por un lado encontramos al “lector hembra”, parafraseando a Julio Cortázar, que se caracteriza por la identificación emocional con las referencias de la obra. Por el otro, al lector que genera una “estética de la recepción” y es capaz de reaccionar dialógicamente al texto. Ambos lectores abren los textos para resucitarlos de nuevo, a pesar de que materialmente sean objetos conclusos. Sin embargo, el lector entendido como esteta tiene a su favor el hecho de que convierte la lectura en proceso que revierte la actividad creadora y termina por convertir al lector en el eje fundamental del diálogo infinito del texto.

La lectura en sus dos modalidades es un acto valorativo. Si entendemos el acercamiento a un texto como una vivencia, entonces entraremos a participar en el acontecer de la historia que se nos cuenta. La lectura entendida como una toma de posición con respecto al acto valorativo plasmado en el texto. De ahí la posibilidad de establecer una relación emocional con los personajes y su contexto. Juzgar como si lo que ocurriera en la historia fuera parte de la vida del lector. Amar y sufrir con los entes de papel que recorren las páginas como compañeros de viajes. Juzgar los acontecimientos que se

narran según el universo ideológico de algún personaje. Mimetizar a los héroes y hacer de nuestra vivencia real una vivencia literaria. Como lector, nos asomaremos a la vida como partícipes de una realidad que ya nos fue contada y la valoraremos éticamente según los modelos axiológicos observado en los textos. Bajtín nos advierte:

Todo lo efectivamente vivenciable se vive como dación- planteamiento, se entona, posee un tono emocional y volitivo, entabla conmigo una relación activa en la unidad del acontecer que nos abarca. El tono emocional y volitivo es el momento inalienable del acto ético, incluso de un pensamiento más abstracto, puesto que lo pienso realmente, es decir, puesto que el pensamiento se realiza efectivamente en el ser, participa en el acontecimiento. Todo aquello con lo que tengo que ver se me da como un momento del acontecimiento en el cual participo. (Bajtín, 1997: 40-41).

Este tipo de lectura acarrea con una serie de problemas. Caer en la trampa de la ilusión de lo real puede convertirse en una práctica perjudicial que rompe con la noción de la literatura como actividad epistemológica y axiológica y, en casos extremos, puede enajenar al lector. La realidad literaria, si bien puede ser modélica, también es cierto que es un “fictio”, una virtualidad que paradójicamente debemos concinciar y tomarlo como mástil seguro que nos permita amarrarnos en la lectura de lo narrado sin sucumbir a los cantos de las sirenas. El lector debe tener un horizonte moral bien formado que le permita establecer los criterios pertinentes con respecto a los valores y los mecanismos de defensa contra los anti-valores de una obra. Generalmente, un texto atrapa al lector ingenuo en la medida en que posibilita la identificación del universo moral en la cual aquel se encuentra. Sin embargo, hay casos en que el texto logra engañar axiológicamente al lector poco preparado para afrontar la adulteración de sus valores. La literatura moderna, en su afán crítico y, sobre todo lúdico, ha hecho de estos problemas un tópico: desde Cervantes, pasando por Henry Fielding o Laurence Sterne, sin olvidar a Flaubert o a Jorge Luis Borges y más recientemente a Vila-Matas, la narrativa se ha convertido en una actividad estética donde se narra la historia del lector evasivo, victimizado, por el universo de su biblioteca. Por muy descabellado que parezca, nos encontramos en nuestra cotidianidad a Quijotes y doctores Pasaventos que dramatizan sus lecturas como una forma de vida.

En la medida en que el lector está más y mejor formado, estará menos propenso a caer en las trampas de una retórica disfrazada en el goce y, por el contrario, se transformará en lo que Umberto Eco ha denominado el lector in fabula donde el receptor actúa como un cooperante interpretativo del texto (Eco, 1987). El lector participa en la producción del texto en la medida en que actúa estéticamente con la obra. Actividad que va enmarcada en el conocimiento objetivo y en autoconocimiento a partir de lo que representa el texto. La lectura de un producto literario se convertirá en parte integrante de la arquitectura textual y, a su vez, propiciará la manifestación de las diferencias y similitudes de los campos valorativos del lector y de la obra. Todo lector se enfrentará a una obra desde un espacio temporal externo a la obra. Distanciamiento que le abrirá las puertas a diálogo caracterizado por la acción y reacción de los discursos. En fin, una condición “exotópica” que le facilitará la objetivación de los acontecimientos narrados, pero también le posibilitará la interacción de su propio discurso con los discursos del texto leído. Por otra parte, este diálogo con el texto pondrán en situación la multiplicidad de los discursos axiológicos con el fin de ponderarlos, no en relación a un juicio particular sobre el bien y mal, sino como formas discursiva posibles dentro del universo de la ética. Las vivencias, transformadas en discursos, interactúan con el lector como vivencias objetivadas que tratan de romper con la dualidad epistemológica del acontecer y la teoría. La literatura permite, entonces, que el lector proyecte en un objeto extemporáneo sus vivencias como experiencias de otro, agilizando la reflexión objetiva de sus propios y ajenos valores. Dentro de esta apertura de la literatura dialógica como objeto de conocimiento ético, la condición a priori sería el valor supremo de la tolerancia. Ya que entendiendo al otro, llámese personaje o interlocutor, se podrá entender a sí mismo. Bajtín lo dice con estas bellas palabras: “Sólo el amor puede ser estéticamente productivo, sólo en una relación con lo amado es posible la plenitud de lo múltiple” (Bajtín, 1997: 70).

Afirmamos, a manera de colofón, que la literatura es un espacio para reflexionar sobre nuestros valores siempre y cuando no olvidemos que es un acto estético y es, precisamente, esta condición la que posibilitará el conocimiento. Como diría aquel profesor del primer año de nuestra vida académica: la literatura siempre será una búsqueda de la expresión significativa de heterogénea realidad humana.

Referencias

- Bajtín, M. (1982). *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.
- Bajtín, M. (1997). *Hacia una filosofía del acto ético. De los borradores*. Barcelona: Editorial de Universidad de Puerto Rico y Anthropos.
- Cortina, A. (1990). *Ética sin moral*. Madrid: Tecnos.
- Eco, U. (1987). *Lector in Fabula. La cooperación interpretativa en el texto narrativo*. Barcelona: Lumen.
- Holquist, M. (2004). *Dialogism*. New York: Routledge.
- Kernan, A. (1996). *La muerte de la literatura*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Lamarque, P. A. (2005). Literature and Fiction. En D. A. Patai. *Theory's empire, an anthology of dissent*. New York: Columbia University Press. pp.636-651.
- Villoro, L. (1999). Creer, saber y conocer. En: R. Prada Oropeza. *Literatura y realidad* México: Fondo de Cultura Económica, Universidad Veracruzana y Universidad Autónoma de Puebla.
- Voloshinov, V. (1999). *Freudismo, Un bosquejo crítico*. Buenos Aires: Paidós.